Masculinidad y poder

*Mauricio Menjívar Ochoa**

RESUMEN

El trabajo aborda la masculinidad en el marco de las relaciones de poder, partiendo de la perspectiva de aquellos estudios sobre masculinidad ubicados en una perspectiva crítica de la masculinidad hegemónica. Para tales efectos, se parte de la importancia de inscribir el tema de la masculinidad y el poder dentro de los estudios de género, señalando los mecanismos con los que el patriarcado ha generado la hegemonía de los hombres: el consenso y la coacción, mediante los cuales se ha mantenido la dominación y los privilegios sobre las mujeres. Por último, el artículo analiza las negativas consecuencias que ha tenido la forma en que se ha construido tradicionalmente la masculinidad no sólo entre las mujeres, sino entre los hombres.

INTRODUCCIÓN

Sin pretender agotar todos los aspectos posibles, el marco en el que creo que es importante el estudio de las relaciones de poder remite a por lo menos tres aspectos:

1. A los procesos y estructuras de dominación y subordinación de unas personas por otras.

2. A la constitución de sujetos sociales: especialmente a partir de la resistencia a los procesos de dominación y subordinación.

3. A la construcción de proyectos de sociedad. Estos procesos se hallan en constante tensión y conflicto debido a la existencia de sujetos sociales con proyectos de sociedad encontrados.

Esto nos sirve para establecer, en primer lugar, que nos encontramos en una sociedad en la que dominan los hombres. En segundo lugar, que desde hace ya varias décadas, las mujeres han planteado una acción sistemática en contra de este sistema de dominación que denominaron patriarcado, oponiendo una crítica radical que sirve de fundamento a un nuevo proyecto de sociedad.

En el contexto de la crítica de este mundo dominado por hombres, uno de los componentes del patriarcado que se ha puesto en la palestra es lo que desde los estudios sobre masculinidad se ha da-

* Sociólogo. Máster en Ciencias Políticas. Miembro del Foro Permanente de Estudios sobre Masculinidades de la Universidad de Costa Rica. Trabaja en la Unidad de Investigación del Instituto Nacional de las Mujeres. Profesor tutor de la Universidad Estatal a Distancia, UNED.

do en llamar la masculinidad hegemónica (Kimmel, 1997:51). En este artículo, partiendo desde la perspectiva de los estudios sobre masculinidad emprendidos mayoritariamente por hombres que se han ubicado en la crítica contra la masculinidad hegemónica, quisiera realizar un abordaje sobre la masculinidad desde la óptica de las relaciones de poder señalando, además, algunas de las nefastas consecuencias que ha tenido no sólo sobre las mujeres, sino sobre los mismos hombres en el proceso de dominación.

Quisiera hacer especial énfasis sobre el precio que han pagado estos últimos, no para señalar que ahora los hombres resultamos ser los "pobrecitos" de la historia. Por el contrario, creo que aun el más desventurado de los hombres ha tenido privilegios sobre muchas mujeres por el sólo hecho de su condición de género.

Se trata más bien de ubicarnos desde una perspectiva crítica a esta masculinidad hegemónica, tratando de analizar cómo el patriarcado ha incidido en la conformación de las identidades masculinas y, desde allí, procurar el cambio como hombres. Esto implicaría convertirnos en sujetos sociales que buscan redefinir un sistema social plagado a la vez de privilegios y de dolores para nosotros.

La masculinidad en el marco de las relaciones de género

En primer término resulta fundamental señalar que la masculinidad no puede ser vista como un objeto aislado, sino como un aspecto dentro de un marco mayor, es decir el de las relaciones de género (Conell, 1997:31).

La importancia de las relaciones de género se refiere a que describe las relaciones de poder entre hombres y mujeres y la interiorización de tales relaciones partiendo, en primera instancia, de la superioridad de lo masculino y la subordinación y devaluación de lo femenino y, en segunda instancia, de la dominación de unos hombres sobre otros, atendiendo a un modelo de masculinidad hegemónica (que se analiza más adelante).

Debe señalarse que "el género es una práctica social que constantemente se refiere a los cuerpos y a lo que estos hacen pero no es una práctica referida al cuerpo" (Conell, 1997:35), lo cual significa que el género existe "en la medida que la biología no determina lo social."

El género es parte de nuestra realidad no sólo social-cultural y política, sino psicológica. Como ha señalado Michael Kaufman (1997:69) "la interiorización de las relaciones de género es un elemento en la construcción de nuestras personalidades, es decir la elaboración individual del género, y nuestros propios comportamientos contribuyen a fortalecer y a adaptar las instituciones y estructuras sociales de tal manera que, consciente o inconscientemente, ayudamos a preservar los sistemas patriarcales." De ahí la importancia de operar. cambios en relación con nuestras propias subjetividades, lo cual se plantea como un difícil pero no imposible reto.

Masculinidad hegemónica

Ahora bien, ¿qué entendemos por masculinidad hegemónica? Siguiendo a Michael Kimmel (1997:51) masculinidad hegemónica es "la imagen de masculinidad de aquellos hombres que controlan el poder" y que se constituye en el parámetro de lo que en la sociedad patriarcal significa llegar a ser un "verdadero hombre". Estudiando la sociedad norteamericana, y retomando al psicólogo Robert Brannon, resume la definición de virilidad en cuatro frases que pueden ser de utilidad en nuestro contexto:

1. "¡Nada con asuntos de mujeres!" Uno no debe hacer nunca algo que remotamente sugiera feminidad. La masculinidad es el repudio implacable de lo femenino.

2. "¡Sea el timón principal!". La masculinidad se mide por el poder, el éxito, la riqueza y la posición social..."

3. "¡Sea fuerte como un roble!". La masculinidad depende de permanecer calmado y confiable en una crisis, con las emociones bajo control. De hecho, la prueba de que se es un hombre consiste en no mostrar nunca emociones. Los muchachos no lloran.

4. "¡Mándelos al infierno!". Exude una aura de osadía varonil y agresividad. Consígalo, arriésguese.

A lo anterior habría que agregar que este concepto de hegemonía tiene que ver con la legitimidad que otorga patriarcado para garantizar la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres.

Pero, aún más, la masculinidad hegemónica abre paso a la dominación de aquellos hombres que ostentan el título sobre otros hombres. Efectivamente, existe un prototipo de "verdadero hombre", que para ser ejemplificado no debe irse más allá de la comunicación mediática: aquel hombre blanco, de buen aspecto y altura, de complexión fuerte, que *posee* -en el amplio uso del término-: mujeres, dinero, propiedades, un buen carro y demás símbolos de status; con alta capacidad de consumo; que define el destino de otras personas; católico, heterosexual, del Valle Central... A grandes rasgos, es el modelo que nos vende la sociedad de consumo, aquella de los hombres de la burguesía o de aquellos otros estratos que mayor ventaja sacan del capitalismo, lo cual excluye a la mayoría de los hombres.

De esta suerte, nos encontramos en una sociedad de hombres "blancos" sobre otros grupos étnicos -negros, indígenas, chinos, etc.-; de aquellos que disponen de medios de producción sobre los que no los tienen; de heterosexuales sobre homosexuales; de los adultos sobre los jóvenes y niños; de los hombres de edad media sobre los adultos mayores; de los ciudadanos (es decir de los del Valle Central) sobre los del "resto" del país; de la clase política sobre los gobernados, del jefe sobre los empleados, etc. Es decir, todos aquellos factores que nos ubican en una jerarquía. Lo dicho nos muestra que la clase, la etnia, lo etáreo y el género interactúan y se cruzan en el momento de entender las relaciones de poder que definen la masculinidad, o más bien valdría decir, *las masculinidades*.

Tendría que decirse que el modelo de masculinidad hegemónica no es un modelo fijo, ni "el mismo siempre y en todas partes". Es más bien disputable y responde a la definición de grupos de hombres en relación con la disposición de recursos de poder económicos y simbólicos, los cuales se redefinen de un período histórico a otro.

Aun los hombres que se encuentran fuera del modelo, disputan su espacio recurriendo a los cuatro elementos que, siguiendo a Brannon, señalamos anteriormente al respecto de la virilidad.

Hegemonía como conducción social: consenso vrs. coacción

Por otra parte debe señalarse que la hegemonía o dirección de un proyecto de sociedad no sólo alu-

de a la interiorización y aceptación de esta serie de formas de dominación en el marco de las relaciones de género. Es decir, no solo implica consenso. La conducción se complementa con el uso de la intimidación y la violencia hacia aquellas personas sobre las que domina, de manera que a quien la ejerce, le permite "corregir", "encarrilar" o aniquilar a quien busca salir de su control.

El acoso, el abuso verbal callejero que cosifica y la violación son claros ejemplos de lo anterior. Pero nada lo ilustra más dramáticamente que el asesinato de las mujeres a manos de sus compañeros, novios o ex esposos. Efectivamente, los mal llamados "crímenes pasionales", más bien se refieren a la aniquilación de aquellas mujeres que han querido construir su vida fuera del ámbito de dominio de estos hombres, incidente no aislado que termina en la muerte de las mujeres y no pocas veces en el suicidio de los asesinos.

Dominación y Privilegios

Ahora bien, aunque la existencia de diversas masculinidades asociadas con lo étnico, lo generacional y demás, muestra la existencia de formas distintas de ser hombre, sin duda alguna, los hombres como género obtienen un dividendo del patriarcado en términos de honor, prestigio y del derecho a mandar. También ganan un dividendo material producto de la subordinación sobre las mujeres, lo cual ha marcado cierta complicidad de los hombres en el marco del patriarcado (Conell, 1997).

En buena parte estos privilegios se han adquirido no necesariamente a partir de una violencia brutal, sino desde una sistemática conducción de las acciones de las mujeres según el parámetro del "deber ser" femenino en función y al servicio de los hombres. Esto les significa a estos últimos privilegios aparentemente inocentes en lo cotidiano (como a quien se le sirve comida de primero y para quien es el bistec más grande), así como otras ganancias en el reparto de los frutos del trabajo y en la extensión de las jornadas de labor.

Desde esta perspectiva, en la relación con las mujeres y hombres, y entre hombres y hombres, "uno tiene poder si puede tomar ventaja de las diferencias existentes. Siento que puedo tener poder sólo si puedo acceder a mayores recursos que Usted. El poder es visto como poder sobre algo o sobre al-

guien más" (Kaufman, 1997:67-68) y no como poder creador o de desarrollo de capacidades.

La crianza conduce a que los hombres aprendamos a aceptar y a ejercer el poder de esta manera porque nos otorga privilegios y ventajas que ni los niños ni las mujeres disfrutan (Kaufman, 1997:68). La naturalización del orden social se configura en velo ideológico que, convenientemente, permite ocultar este orden de manera tal que no nos sintamos incómodos con la desigualdad pues, sistemáticamente, los hombres hemos salido con la mejor tajada.

El dolor inherente a la masculinidad tradicional

Por otra parte, Michael Kaufman (1997:71) ha señalado que "el poder de los hombres en el mundo (...) tiene su costo para nosotros". Según este autor, "existe en la vida de los hombres una extraña combinación de poder y privilegios, dolor y carencia de poder. Por el hecho de ser hombres, gozan de poder social y de muchos privilegios, pero la manera como hemos armado ese mundo de poder causa dolor, aislamiento y alineación tanto a las mujeres como a los hombres."

Claro ejemplo de esto es que "la adquisición de la masculinidad hegemónica (y la mayor parte de las subordinadas) es un proceso a través del cual los hombres llegan a suprimir toda gama de emociones, necesidades y posibilidades tales como el placer de cuidar de otros, la receptividad, la empatía y la compasión experimentadas como inconsistentes con el poder masculino" (Kaufman, 1997:70). Estas emociones y necesidades, en tanto humanas, no desaparecen sino que son sistemáticamente reprimidas de manera tal que no juegan un papel fundamental en nuestras vidas. Según Kaufman, eliminamos estas emociones porque podrían restringir nuestra capacidad y deseo de autocontrol o de dominio sobre los seres que nos rodean y de quienes dependemos en el amor y la amistad. Las suprimimos porque llegan a estar asociadas con la feminidad que hemos rechazado en la búsqueda de masculinidad.

Así, la expresión de afectos es un campo en el que crecemos mutilados, incapaces de enfrentar aquellas situaciones de crisis que exigen un adecuado manejo emocional. Aun cuando parezcamos serenos y ecuánimes, lo cierto es que la ansiedad y el temor se apoderan de nosotros, se enquistan sin poder salir adecuadamente, se trans-

forman en ira que destruye a las demás personas y a nosotros mismos.

Esta incapacidad afectiva tiene, por tanto, terribles repercusiones sobre nuestra vida de pareja la que, en el contexto de las relaciones de subordinación, se encuentra marcada por las palabras no dichas y las caricias no sentidas. Nos limita el vínculo paterno, restringido a la mera proveeduría, en el mejor de los casos.

Pers p ectiva s de cambio

Desmontar este mundo de privilegios engendra grandes retos para nosotros los hombres, desde varias perspectivas. En primer lugar, conlleva la necesidad de desnaturalizar el orden social de género que, ahora concebido como construcción social y no como determinación biológica, nos permite visualizar las estructuras patriarcales.

En segundo lugar, implica efectuar multiplicidad de renuncias en relación con las comodidades de las que hemos gozado los hombres en la mayoría de los espacios vitales, desde los privilegios cotidianos (aquellas pequeñas cosas que se encontraban como por arte de magia ante nosotros: el hogar impecable, la ropa planchada en el diván, los hijos bañados, comidos y listos para el beso de buenas noches) hasta los cargos de poder habidos a base de la subordinación de las otras personas.

En tercer lugar, implica, precisamente, asumirnos como seres humanos independientes, mediante el abandono de la minusvalía aprendida como hombres en lo relativo a la satisfacción de las necesidades de las que siempre se han hecho cargo las mujeres.

Más aún, significa desmontar el *poder* como dominio sobre los otros. No es tarea fácil para los hombres entender que no somos dueños de los proyectos de vida de las otras personas, especialmente de las mujeres. Tampoco es fácil poder hacer consciente la dominación revestida de "te celo porque te amo" o de "lo hago por tu propio bien". Sin embargo, por muy extraño que parezca, existen hombres que se encuentran pagando el precio de asumir dominación sobre las otras personas y este precio es la pérdida del vínculo de la persona amada. En tiempos de cambio, las mujeres han asumido independencia material y de conciencia, poniendo en jaque al "rey". Esta situación ha llevado a muchos hombres a plan-

tearse la disyuntiva entre el cambio y la separación. De esta manera, tales eventos contribuyen a que los hombres también cobremos conciencia de las dolencias que nos deja el patriarcado. Es en estos recovecos donde también se abren algunas posibilidades de cambio.

Es imposible en este espacio señalar todas las necesidades de cambio ligadas a lo étnico, lo generacional y demás conflictos sociales.

Solo quisiera añadir que las perspectivas de cambio conllevan la necesidad de desplegar el *poder* como desarrollo de nuestras capacidades afectivas. Esto lleva a dejar de concebir la expresión de la afectividad, las capacidades de cuido y la empatía como patrimonio exclusivo de la feminidad. Vivirlas como lo hacen las mujeres es sencillamente imposible en tanto ajeno a nuestra subjetividad. Incluso, en el caso de las mujeres estas características se han emprendido a costa de sus propias posibilidades de desarrollo personal. Se trata, más bien, de efectuar nuestras propias búsquedas, de emprender aprendizajes, entendiendo que el aprendizaje es relacional, es decir nos sitúa en el vínculo con las demás personas cuyas opciones debemos respetar. Se trata, en definitiva, de la construcción de un orden social distinto, realmente satisfactorio para mujeres y para hombres.

BIBLIOGRAFÍA

Batres Méndez, Gioconda. (1999) *El Lado Oculto de la Masculinidad*. Tratamiento para ofensores. San José, Costa Rica: ILANUD.

Conell, R.W. (1997), "La organización social de la masculinidad". *En:* Valdés, Teresa y Olavarría, José. *Masculinidad/es. Poder y crisis.* Ediciones de las Mujeres N°. 24. Isis Internacional/FLACSO-Chile. Santiago, Chile.

Kaufman, Michael. (1997), "Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres". En: Valdés, Teresa y Olavarría, José. *Masculinidad/es. Poder y crisis.* Ediciones de las Mujeres N°. 24. Isis Internacional/FLACSO-Chile. Santiago, Chile.

Kimmel S., Michael. (1997), "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina". *En:* Valdés, Teresa y Olavarría, José. *Masculinidad/es. Poder y crisis.* Ediciones de las Mujeres N.° 24. Isis Internacional/FLACSO-Chile. Santiago, Chile.